

MI ENCUENTRO CON JAMES CONNOLLY se remonta a la mitad de la década de 1970 cuando, en una librería de Donostia, compré un libro de su autoría, cuyo título lamentablemente no recuerdo (*¿Las clases trabajadoras en la historia de Irlanda?*), y cuyo ejemplar físico se fue desvaneciendo, hasta desaparecer, en el periplo de mi dilatada expatriación forzosa.

La experiencia del encuentro literario, siendo anecdótica, guarda el interés de ser relatada bajo un doble sentido. El primero, porque su adquisición en edición pública representa una «coladura» excepcional que no deja de sorprender en una etapa en la que la férrea censura inquisitorial de la dictadura fascista se hallaba en plena vigencia. El segundo, porque su lectura supuso para mi persona la reafirmación en el universo de convicciones ideológicas y de lucha política que identificaban la justeza de la *causa revolucionaria* y avalaban mi compromiso de militancia en la organización ETA.

Leyendo o releiendo los escritos contenidos en la presente antología de la editorial Txalaparta, he rememorado el impacto de aquella contribución en el entonces escaso y represaliado patrimonio público de obras de carácter político, máxime cuando su contenido era de naturaleza *marxista-separatista*.

James Connolly sintetiza en su pensamiento político los grandes debates que década tras década, a lo largo de los siglos XIX y XX, han tenido como protagonistas a dos de las influyentes ideologías que han condicionado y configurado el mundo actual: la marxista y la nacionalista.

Y lo hace, en su relativamente corta existencia (1868-1916), a caballo entre ambos siglos. En un contexto histórico de colonialismo feroz y capitalismo salvaje, bajo el común denominador del esclavismo y las guerras imperialistas.

Se podría afirmar que Connolly fue un superador dialéctico de su propio tiempo y de su propio espacio. Su mayor virtud: transgredir los tabúes conservadores de la propia sociedad a la que pertenecía y alentar el espíritu revolucionario del movimiento socialista.

Lo que resulta más curioso a la hora de revivir sus escritos, al cabo de casi 100 años, es la sensación de «anacronismo» que transmiten. Pero precisamente en un sentido inverso, es decir, no como errores desfasados de época, sino como aciertos anticipados de futuros escenarios. En ellos se contemplan situaciones y se manifiestan actitudes dinámicas que, a lo largo de los años, se han venido constatando, debatiendo e implementando en el ejercicio político. En este sentido, fue un precursor, un artífice pionero en ofrecer una visión integral en el ámbito del marxismo consecuente y el internacionalismo real, aplicados en un contexto de lucha por la emancipación nacional y social. Connolly sabe aportar una ciencia política que, salvando las idiosincrasias propias de su época, conserva la frescura general y el pragmatismo de un pasado viajero en el presente hacia su destino futuro.

Si de anacronismo cabría hablar sería únicamente para acusar a aquellas generaciones subsiguientes de comunistas y socialistas que adoptaron posiciones serviles a los intereses del gran-nacionalismo burgués y sus Estados imperialistas, traicionando, bajo falsas premisas de internacionalismo proletario, las esencias de liberación de los pueblos oprimidos. Al respecto, Connolly tiene una frase de dimensiones humanas

y políticas contundente: *Irlanda para los irlandeses, el mundo para los trabajadores.*

Por sí misma, esta afirmación constituye el crisol donde se amalgama el pensamiento de un marxista convencido de su pertenencia a una nación y a una clase, y donde se hermanan las dos caras de la misma moneda vindicatoria de la emancipación nacional y social del Pueblo Trabajador.

En nuestra casa, en Euskal Herria, también hemos sufrido, a lo largo de la historia contemporánea, el tránsito paralelo cuando no divergente de ambas ideologías. Intereses contrapuestos, de condición foránea y autóctona, provocaron un caldo de cultivo contrario a los anhelos del movimiento obrero y de las capas populares. El nacionalismo de corte burgués de un lado y el socialismo de signo españolista de otro, generaron constantes debates y contradicciones en el seno de la clase trabajadora y de la sociedad vasca en general. Sin embargo, fruto de esta pugna dialéctica, fue fraguándose, durante la primera mitad del siglo xx, el devenir de lo que actualmente se conoce como Izquierda Abertzale. Una expresión de lucha y de organización, donde las reivindicaciones de clase y nacionales confluyen en el denominado *nacionalismo revolucionario*.

Una ideología basada en una estrategia de independencia y socialismo para los seis territorios históricos de Euskal Herria. En un proceso caracterizado por el principio de que *la lucha de clases adopta en Euskal Herria la forma y el contenido de lucha de liberación nacional*. Y sustentada en el Pueblo Trabajador Vasco como sujeto revolucionario para la toma del poder político, la reconstrucción social y la instauración del Estado Republicano Vasco.

Remedando a Connolly podríamos resumir toda esta ideología en el corolario de: *Euskal Herria para los y las vascas, el mundo para las y los trabajadores.*

Somos, en definitiva, dos pueblos unidos bajo el común denominador de la lucha contra la opresión nacional y la explotación capitalista, a quienes, por encima de todo, nos her-

manan las fervientes ansias de una libertad plena, compartida y extensiva para todas las personas y naciones de Europa y del mundo.

En uno de sus escritos Connolly expresa: «A menudo se dice que la bandera irlandesa es una bandera verde apropiada para un pueblo verde». La bandera verde representativa de la Irlanda histórica gaélica fue la enarbolada en el alzamiento de Pascua de 1916. Pero también deja señalado que ni el verde del uniforme de los soldados o de los policías irlandeses, ni el verde de los campos de Erin industrializados, ni el verde de la enseña izada en la sede del antiguo Gobierno británico en Dublín, es de por sí garantía para unos trabajadores, que no son *tan verdes* como para creer en la magia de que un cambio de color pueda traerles la liberación y erradicar la explotación que sufren. A no ser que ese *verde* venga acompañado de la enseña *roja* de los ejércitos proletarios avanzando en la senda de la construcción de la República Socialista Irlandesa.

Jugando con la amalgama de colores, viene a colación aquella frase de Lenin, «No pintéis el nacionalismo de rojo», que tanto pie ha dado a interpretaciones ambivalentes y contradictorias en el ámbito del discurso comunista. Sin embargo, es rigurosamente cierto que Lenin puso especial atención en el movimiento republicano irlandés y especialmente en Connolly, defendiendo el carácter progresista y patriótico de su nacionalismo revolucionario. Con lo que la crítica suscrita en la frase queda fuera de dicho contexto y se refiere a esa clase de nacionalismo burgués que no solo sirve para engordar los intereses de los sectores explotadores de la nación oprimida, sino también, y sobre todo, los intereses de la clase dominante opresora.

Aunque también, y girando la ruleta de colores en el sentido opuesto, podríamos situar aquella joya intelectual del fascismo personificado en José Calvo Sotelo, cuando en un mitin de Donostia en noviembre de 1935, aseveró «antes una España roja que rota», en clara abominación del nacionalismo vasco.

Como el mismo Lenin afirmaba «en el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de todas las naciones hay un máximo de democracia y un mínimo de nacionalismo». La realidad es que, tanto Connolly en Irlanda como la Izquierda Abertzale en Euskal Herria, nos hemos visto obligados a combatir dialécticamente y políticamente versiones arcaicas de nuestro nacionalismo y revisionistas de nuestro socialismo. Cuando se trata de *la cuestión nacional*, curiosamente siempre se pone énfasis en el color –verde, rojo, amarillo– de las personas y organizaciones de la nación o nacionalidad que lucha por la defensa de su identidad y el derecho de emancipación, lo que tópicamente se llama nacionalismo. Y curiosamente también, siempre se olvida el nacionalismo de la nación opresora, para quien lo de los colores, banderas, himnos y demás simbologías, no es ningún problema ni admiten discusión, porque es «lo natural». El nacionalismo chauvinista, en la medida en la que forma parte del Estado, del poder constituido, pertenece al paisaje político sin necesidad de calificarse como tal. Se es español o francés, a título impositivo, sin verse obligatoriamente ligado al término nacionalista. Lo contrario que ocurre en el caso vasco, catalán, gallego, irlandés, escocés... cuya sola mención conlleva de manera implícita la etiqueta «regionalista» o «nacionalista».

Particularmente no soy partidario del adjetivo nacionalista. Reclamándome independentista no me identifico con tal concepto. Me considero un socialista abertzale (patriota), un voluntario combatiente en un proceso de liberación nacional, cuya esencia es del todo antagónica con esos nacionalismos excluyentes o serviles que reniegan de la existencia de los pueblos y se hallan al servicio de las burguesías en su explotación de la clase trabajadora. A pesar de todo, asumo el término a efectos discursivos, en la medida en que nuestra propia práctica política ha sabido dotarle del contenido progresista y social que convalidan su carácter revolucionario.

En mi opinión, marxismo y nacionalismo revolucionario han de formar parte de una misma realidad allá donde exista

un contencioso político de liberación nacional. Han de ir de la mano, conjuntando un todo en el proceso de lucha, tanto en sus aspectos estratégicos y de organización, como en sus aspectos tácticos de liderar una política de alianzas entre los sectores populares y la clase trabajadora, como única garantía de alcanzar el objetivo final de la emancipación nacional y social. En definitiva, aportando método e instrumentos consecuentes para resolver los aspectos de una misma contradicción, desde el desarrollo acompasado de la conciencia social y nacional, sumando ambas en el objetivo de construir una sociedad sin clases en un Estado independiente.

Connolly sirvió a su patria y a la clase obrera, desplegando una gran actividad militante en diferentes ámbitos organizativos, tanto desde suelo británico como, fundamentalmente, desde dentro de Irlanda. Entre sus muchas actividades caben destacar sus influentes cometidos en la Federación Socialista Escocesa, en la fundación del Partido Laborista Socialista (separado de la Federación Socialdemócrata), en el Sindicato de Trabajadores Transportistas y, finalmente, en la clandestina Hermandad Republicana Irlandesa (IRB) (*Bráithreachas na Poblachta*) y en la dirección militar del Ejército Ciudadano Irlandés (ICA) (*Arm Cathartha na hÉireann*), formaciones ambas que intervinieron en el alzamiento armado de Pascua de 1916.

Como puede apreciarse, distintos papeles, que cubren bien a las claras la faceta obrera y la faceta patriótica, la convicción socialista y la entrega nacionalista revolucionaria, de Connolly. Pero también sobresalen su preocupación y su ansias de libertad cuando aborda un recorrido analítico sobre la vasta geografía colonialista del Imperio británico, denunciando las atrocidades opresoras y esclavistas que venían sucediéndose en India, Egipto, Etiopía, Sudafrica. El común denominador ante ello es la defensa del internacionalismo real del movimiento obrero. Un internacionalismo que pasa por reivindicar la emancipación de los pueblos y naciones sometidos a la bota británica, y por señalar acusatoriamente a las respectivas

burguesías «nacionalistas» que desempeñan la labor de cipayos del Imperio.

Hasta tal punto creyó y ejerció su pensamiento internacionalista, su fervor hacia la unidad de la clase trabajadora y su solidaridad entre los pueblos, que se declaró abiertamente contrario a la participación en la Gran Guerra (Primera Guerra Mundial), chocando su antibelicismo frontalmente con los propios líderes socialistas europeos.

Tenía claro al servicio de qué intereses terratenientes y capitalistas se libraba aquella contienda fratricida y la trampa que significaba para toda la clase trabajadora mundial, incluida la de sus compatriotas irlandeses, verse abocados a pagar con sus vidas una causa ilegítima.

Connolly no era un pacifista, era un luchador político que entendió la justeza de empuñar las armas para defender a Irlanda y a sus gentes, pero que no compartía la guerra injusta. Amante de la paz, para él sólo existía un *grito de guerra*, el de la unión y el triunfo del patriotismo y la clase obrera, clamando por la República Socialista Irlandesa. Prueba de ello es que cayó combatiendo y murió ante un pelotón de fusilamiento del Ejército británico.

A lo largo de sus escritos, de la propia experiencia de su vivencia política y del testigo legado que el movimiento republicano irlandés se ha encargado de empuñar hasta la actualidad, se observa la existencia de un vínculo evidente con la lucha del movimiento de liberación nacional y social vasco. Dos historias, dos realidades, que han confluído, desde sus respectivas especificidades, en el abrazo de la causa común por la libertad de los pueblos oprimidos y la emancipación social de sus clases trabajadoras.

Irlanda y Euskal Herria, en cuanto a entes territoriales fraccionados e identidades políticas negadas por los estados que las oprimen, han adquirido, en el pulso de la historia de lucha y resistencia, una complicidad hermanada en las reivindicaciones democráticas pendientes respecto al derecho de autodeterminación y la libertad de optar por el ejercicio

del mismo. Independencia, reunificación y socialismo, siguen siendo banderas de lucha en el objetivo de la constitución de Estados libres reconocidos en el concierto de la comunidad internacional europea y mundial.

Frente a los Estados impositores que nos impiden ser lo que nuestras respectivas sociedades decidan libre y democráticamente, hemos de continuar el ejemplo de Connolly y de la miríada de combatientes que, desde las fábricas, el campo, la universidad, las cárceles, el exilio, el movimiento juvenil, el movimiento feminista, el movimiento popular, el sindicalismo de clase y, en general, todo el voluntariado revolucionario, brindaron, brindan y seguiremos brindando, toda la entrega, lealtad y generosidad, por conquistar la liberación nacional y social de nuestros respectivos pueblos.

Recordando a un entrañable camarada militante de la causa revolucionaria vasca concluiré afirmando que «los trabajadores vascos e irlandeses no somos españoles, ni franceses ni ingleses, sino únicamente vascos e irlandeses, y lo que nos une con ellos no es la pertenencia a una misma nación sino a una misma clase».

EUGENIO ETXEBESTE ARIZKUREN «ANTTON»
Euskal Herria, marzo de 2014